

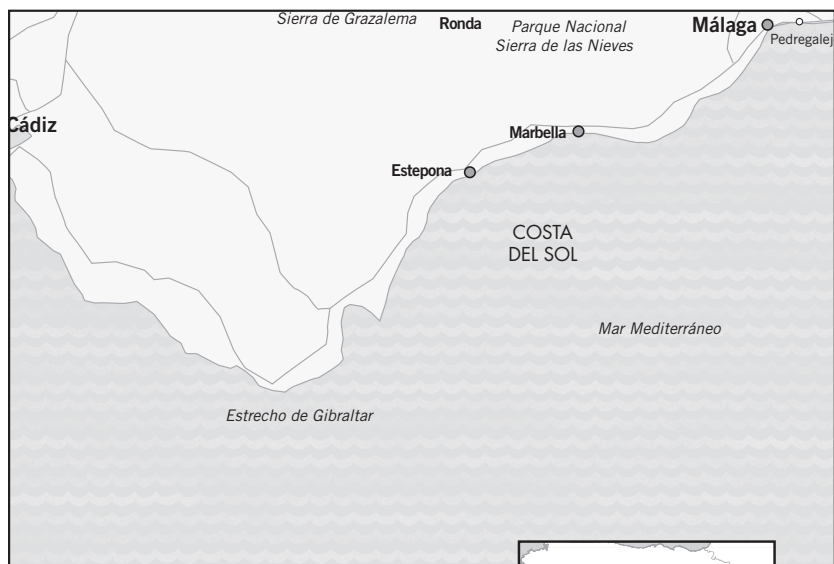
MARI JUNG STEDT

En el lado oscuro
de la luna

Traducción de:
CARMEN MONTES CANO

EMBOLSILLO

Los escenarios de la novela





Prólogo

ESTOCOLMO SE HALLABA envuelta en una bruma difusa, como si hubieran extendido sobre la ciudad una cubierta hermética. Todos los colores habían palidecido, el ritmo se había ralentizado. La metrópolis, por lo general tan palpitante, había perdido fuelle. Todo signo de vida, todo movimiento, todo aquello que antes indicaba actividad y energía, parecía haberse detenido. Los habitantes de la ciudad marchaban por las aceras como robots de rostro inexpresivo y vacío, pasaban de largo a toda prisa por delante de los comercios, los restaurantes, los bares y los cafés del barrio de Hornstull.

La gente iba encogida por el frío, evitaba mirarse a los ojos, sin ánimo para detenerse y, en el peor de los casos, verse obligada a conversar un rato si tenía la mala suerte de cruzarse con un conocido. Incluso los perros caminaban pegados a las fachadas de color gris sucio y hacían sus necesidades deprisa antes de poner de nuevo rumbo a la luz y el calor del hogar, para volver al portal a toda prisa.

Estaban por debajo de los cero grados y la lluvia de las últimas semanas se había convertido en granizo. Los duros cristales de hielo mezclado con nieve que dañaban los ojos y arañaban las mejillas se convertían en sucia aguanieve en cuanto tocaban el reluciente asfalto empapado de humedad. Ya se estaba poniendo el sol, a pesar de que no eran más que las tres de la tarde.

Hanna dio el primer paso para encaramarse al puente de Vässterbron. A sus pies se extendía la isla de Långholmen, con el estrecho de Pårsundet, donde tantas veces había hecho prácticas en canoa mientras admiraba las hermosas embarcaciones de caoba

que se alineaban una tras otra en el canal. Al oeste continuaba el lago Mälaren, que se extendía hasta el horizonte. En una ocasión, su madre y ella hicieron una travesía en barco hasta el palacio de Drottningholm. Hanna recordaba cómo levantó la vista hacia el puente cuando pasaron por debajo de los imponentes pilares que lo sostenían. Jamás había visto nada tan alto. Dejó a su espalda el barrio de Södermalm; al otro lado de la bahía se encontraba el de Kungsholmen, con sus suntuosos edificios a lo largo de toda la orilla. Ahora estaban semiocultos tras la humedad gris de la bruma. Tanto mejor. No tenía el menor interés en ver nada. No quería que nada le recordara que había una vida más allá. Todo estaba a punto de terminarse, y lo único que experimentaba al pensar en ello era un sentimiento de liberación.

A esa hora el puente estaba casi vacío, alguna que otra persona circulaba en bicicleta por la otra acera, pero ningún peatón. El viento soplaba más fresco a medida que Hanna iba subiendo. Por fin llegó a la cima del arco abovedado. Los coches pasaban de largo sin cesar, pues allí el tráfico no se detenía nunca.

Lanzó una última ojeada a ambos lados. Nada. Nadie se acercaba. Entonces se aferró a la barandilla. Estaba alta, pero ella era fuerte y ágil. Con una mano se agarró a una señal de tráfico. El metal se le clavó en la palma cuando se impulsó para pasar la pierna por encima. En un segundo ya estaba al otro lado, donde solo había un estrecho borde sobre el que apoyarse. Y allí mismo, a sus pies, las profundidades.

Una ráfaga de viento se apoderó de su chaqueta hasta el punto de que perdió el equilibrio por un instante, pero se agarró fuerte a la baranda. Ya había oscurecido y solo podía intuir que el agua se hallaba allá abajo. ¿Qué altura habría? ¿Veinticinco, treinta metros? De pronto, con repentina intensidad, la duda la asaltó y la embargó de pies a cabeza.

¿De verdad quería morir de ese modo? ¿De verdad quería morir?

El agua se extendía negra y helada, el resplandor de las farolas centelleaba en la superficie. Miró a su alrededor. Seguía sin ver a nadie. Ahora casi deseaba que viniera alguien, que alguien, daba igual quién, la detuviera. Ahora que se encontraba allí de verdad, a un milímetro de la muerte, sintió miedo. El lugar en el que se encontraba estaba resbaladizo y le costaba mantener firmes los pies. Deslizó la mirada por la fachada de los edificios de Norr Mälarstrand. Había luz en las ventanas. Allí dentro, al calor, había gente que vivía en hogares acogedores, rodeada de sus seres queridos. La vida seguía su curso. Y ahí estaba ella, en el borde alto y aterrador del puente de Västerbron. Con el viento que hacía, no sería capaz de mantenerse agarrada mucho más tiempo. El granizo caía con más fuerza y le azotaba el rostro. El frío y la humedad le atravesaban la ropa: estaba calada hasta los huesos.

Tiritaba de pies a cabeza y las piernas empezaron a temblarle de pronto sin control. Ya se le habían dormido los brazos. Los coches pasaban zumbando uno tras otro, pero ninguno parecía reparar en ella. Miró con desesperación el camino peatonal que estaba al otro lado de la barandilla. No quería. Deseaba dar marcha atrás. Pero ¿cómo?

Se le encogió el estómago al contemplar las aguas oscuras y, justo cuando iba a darse la vuelta para pasar de nuevo al otro lado, al lado seguro, vino una ráfaga de viento más fuerte aún que la anterior. Primero resbaló. Luego se le soltó una mano ya gélida de la barandilla; luego, la otra. Dejó escapar un grito. Un escalofrío le atravesó el cuerpo como un rayo.

Ya no podía elegir. Allá abajo, el agua. La oscuridad. Un jadeo. Y Hanna cayó.

DÍA 1

Viernes, 31 de diciembre

EN CUANTO SALIERON de la terminal del aeropuerto sintieron el azote del aire helador. Laura entornó los ojos ante el fuerte sol invernal. A pesar de que Ulrik la había prevenido diciéndole que se abrigara todo lo posible, ella no había logrado imaginarse cómo sería el frío. Ahora se alegraba de haber caído en la tentación de comprarse en el aeropuerto de Arlanda una larga bufanda de lana. Se la enrolló alrededor de la cara, cubriéndose la nariz y la boca, de modo que solo los ojos quedaron al descubierto. Los termómetros indicaban diecinueve grados bajo cero. Casi cuarenta grados de diferencia con respecto a Málaga, de donde habían salido aquella misma mañana.

Le dio la mano a Ulrik y los dos caminaron lo más rápido posible hacia el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto de Örnköldsvik. Ulrik la había invitado a su casa de Suecia, que se encontraba en el campo, en una zona que llamaban Costa Alta.

Una vez junto al coche, comprobaron que solo se podía ver el contorno bajo una gruesa capa de nieve. Ulrik limpió como pudo el Land Rover, antes de abrir las puertas con esfuerzo. Laura se dejó caer agradecida en el asiento del copiloto.

—Madre mía, ¿cómo aguanta la gente este frío? Lo de vivir tan al norte no puede estar pensado para los seres humanos. ¿Hay osos polares?

Ulrik sonrió con indulgencia.

—No, nada de osos polares, pero sí hay osos pardos en el bosque, así que más vale que tengas cuidado.

Extendió los brazos como si fuera a agarrarla y soltó un alarido aterrador.

—Pues de eso no me habías dicho nada —respondió ella riendo—. Yo solo he oído hablar de nieve reluciente, sauna y champán.

—Sí, sí —le dijo Ulrik con un guiño—. Tendrás que ser paciente. Vamos a parar a comprar antes de seguir hacia Docksta. Una vez en la granja, no habrá rastro de tiendas, solo tú y yo en una zona desierta.

Ulrik alargó la mano y le dio un cariñoso apretón en la rodilla. A Laura le encantaba su compañía, era un chico alegre y de trato fácil. Auténtico, por así decirlo. Fiable, muy distinto de los hombres que había conocido hasta ahora.

Lo único que le preocupaba era que parecía apesadumbrado, como si hubiera algo que lo reconcomiera. A veces era como si se perdiera en sus pensamientos, como si estuviera ausente. Laura suponía que tendría que ver con el divorcio. O quizá con el hecho de no poder tener consigo a sus hijos con más frecuencia. Se preguntaba a qué se debía, si habría alguna razón concreta. No había querido presionarlo preguntándole, le parecía demasiado pronto.

Se habían conocido en un bar de Marbella unos meses atrás, y a ella le gustó desde el primer momento. Ulrik destacaba entre los españoles en medio del establecimiento a rebosar: alto, rubio y con unos ojos de un azul intenso. Tenía en la cara un punto de ternura que le atrajo enseguida. Llevaba vaqueros y una camiseta, un estilo sencillo y relajado. Le sonrió a Laura con cierta timidez y le preguntó si quería tomar algo, y así empezaron a charlar. La conversación fluía entre ellos.

Después de aquella primera noche siguieron viéndose. Ella vivía en Fuengirola, y Ulrik, en Nerja, dos localidades turísticas de la Costa del Sol. Había un trecho entre una y otra. Nerja se encontraba a cincuenta kilómetros al este de Málaga, y Fuengirola estaba al otro lado de la ciudad, a treinta kilómetros al oeste del centro. Por lo general, se veían en casa de él. «Mejor así», pensaba Laura. Allí ella no conocía a nadie. A nadie que pudiera llegar y entrometerse.

El apartamento de Ulrik se encontraba sobre una pequeña playa, con unas espectaculares vistas al mar. Solía servirle el desayuno en la terraza, y Laura no había comido jamás unas tortillas más ricas que las suyas.

Poco a poco, empezó a soñar con un futuro común. Cierto que él era algo mayor y ya tenía dos hijos adolescentes, pero a ella no le importaba. Estaba deseando conocer a los chicos. Por lo general vivían con su madre, en la casa que la familia tenía a orillas del mar, no muy lejos de la granja de Ulrik.

Laura iba mirando por la ventanilla del coche. Era como un paisaje de cuento. A ambos lados de la carretera se extendía un bosque de abetos, vencidos por el peso de la nieve. De vez en cuando pasaban ante una cabaña de madera pintada de rojo en cuyas ventanas brillaba cálida la luz. Una mujer con un anorak largo y un gorro de piel venía por el arcén en un medio de transporte que Laura no había visto jamás. Parecía una silla de madera que se deslizaba sobre largas guías de acero.

En un campo cubierto de nieve trotaban a grandes zancadas un par de alces. Laura se sorprendió de lo grandes que eran aquellos magníficos animales. Tenían las patas muy largas, y la cabeza con una forma peculiar y de gran tamaño. Los animales cruzaron el lindero del bosque y desaparecieron.

Ya había empezado a oscurecer. Aquí y allá había montículos de nieve que flanqueaban la carretera.

Laura se volvió hacia Ulrik y se quedó mirándolo de perfil. Alargó el brazo y le acarició la nuca. Cuando él se volvió hacia ella con una sonrisa, sintió un escalofrío.

Sentía que aquello era el principio de algo nuevo.